

Residencia Cruzando Frutillar/ Mayo 2016/ Clénida Nie (sin título II)



De Frutillar sólo recordaba haber ido alguna vez de vacaciones con mis hermanas y mis padres. También aparece el recuerdo de una playa y la primera vez que mi padre me enseñó a hacer “patitos” en el lago Llanquihue.

Ahora, veinte y seis años después, volví a Frutillar por diez días junto a varios artistas visuales para ser parte de la residencia “Cruzando Frutillar”. Allí se nos propuso investigar un poco sobre la historia y el presente de esta ciudad, y, desde la idea de identidad, crear algunas intervenciones en el espacio público que involucrasen de alguna manera a la comunidad.

Durante seis días visitamos y tuvimos encuentros con distintas personas, instituciones y comunidades de Frutillar. Algunos buscaban nuevas ideas para un crecimiento sustentable de la ciudad; otros compartieron sus investigaciones en torno a la memoria y poblamiento de Frutillar; y algunos nos recibieron en sus más íntimos espacios de ceremonia (una ruca mapuche). Visitamos también el enorme Teatro del Lago, a los locatarios del centro comercial, una reserva ecológica, en fin. En todos los encuentros hubo diálogo. Algunos más fríos, a veces más desconfianza y prejuicio de ambos lados, otros cálidos y algunos más formales. Pero al final, todos encuentros fructíferos que generosamente nos ofrecían un espacio para informarnos, discutir y escudriñar un poco en la historia de esta ciudad y su vida actual.

Frutillar Bajo parece una postal, con una naturaleza conmovedora. De a poco fuimos conociendo Frutillar Alto, Pantanosa nuevo y antiguo, zonas rurales y ese verde de entremedio que parece un paréntesis en la ciudad. “Zonas

café”, creo que escuché decir a una compañera que así le llamaban a esos terrenos verdes sin uso habitacional.

En esos seis días me daba la sensación de que Frutillar era una maqueta de Chile que mostraba de manera evidente la desigualdad de oportunidades que existe en el país. Con el pasar de los días aparecía también la borradura de la historia previa a la colonización de los alemanes, el desalojo de una comunidad Huilliche y una comunidad Mapuche que se siente desplazada y demanda sus históricas tierras. Había evidentes tensiones sociales. Al mismo tiempo escuchábamos de proyectos muy interesantes que tenían como eje a la comunidad y su desarrollo artístico y de memoria, por ejemplo.

En medio de todo lo anterior, como una suerte de ancla para mi relación con la ciudad y la necesidad que me surgía por conocer más de la historia no oficial de Frutillar, apareció Clénida Nie.

La conocí en su puesto de artesanía en Frutillar Bajo. Le pregunté si tejía a crochet.

-Tejo de todo, pero el crochet no me gusta tanto porque es poco sociable y para mi el tejido tiene que ser conversado -respondió.

Ahí supe que se dedicaba al hilado y al tejido de la lana. Más tarde me enteraría que su trabajo en realidad es y ha sido enorme, mucho más allá del tejido. En ese primer encuentro le pregunté si me podía invitar a tomar once a su casa y contarme más de Frutillar, de su historia.

En la mesa de su casa le conté a ella y a su familia sobre la idea que tenía en mente: realizar una acción artística que involucraría una caminata mía por algún sector de Frutillar Alto, donde al mismo tiempo que camino el chaleco que llevo puesto se desteje. Con la lana que fuese quedando en el suelo, Clénida desde su casa la reutilizaría para tejer una nueva prenda. A esto se la sumaría la idea de que mientras ella teje, por la radio se transmitiría aquello que conversen espontáneamente.

Pensaba que esa caminata, donde se va destejiendo el chaleco que llevo puesto, y el audio de la conversación de quienes estén tejiendo junto con Clénida en su casa, podían remitir al espectador (el que me viera caminando) y al auditor (el que escucharía la conversación mientras se teje), a imaginar y pensar –como en un fuera de campo– el espacio íntimo del hogar, en este caso de Clénida, como ese lugar desde donde también se construye historia e identidad, posible de ser compartida y relatada.

Clénida, junto a parte de su familia conformada por Andrea, Pabloska, Martín, y Solsiré (Sol), me recibieron durante algunos días en su casa. Me contaron sobre la historia de la ciudad, esa historia no oficial. Tomamos once con sopillas y pebre, con el sonido de la radio y la tele de fondo.

Mientras, Clénida limpia la lana. Y más tarde, con maestría, hace girar el huso para hilar.

Estuvimos algunos días compartiendo y creando entre todas cómo sería nuestra intervención artística. Pabloska sugirió posibles rutas para la

caminata. Solsiré y Martín tomaron la cámara para grabar nuestras conversaciones y mi hasta entonces fallido intento por hacer “bailar el huso” para hilar algo de lana. Martín además planeaba cómo hacer una película.

Clénida propuso crear, con la lana del chaleco que se desteja, una bufanda y junto a Andrea me pasearon por Pantanosa antiguo. En el transcurso nos detuvimos a compartir una abundante onces con la señora Olga Emhart, descendiente de las primeras familias de colonos de esa población.

¿De qué les gusta hablar a ustedes? -pregunté en uno de nuestros encuentros.

Se miraron y entre risas, casi al unísono, respondieron:

-De política. ¡Siempre hablamos de política!

Me recordé que el primer día Martín (el más pequeño de la familia), segundos después de saludarnos, me dijo espontáneamente: Lo importante es el bienestar y la libertad, eso es lo más importante.

Y claro, estas mujeres junto a Alberto Ruiz, el esposo de la señora Clénida (fallecido concejal, dirigente sindical, presidente de la junta de vecinos, entre muchas otras cosas), han practicado a lo largo de sus vidas la idea de la libertad y la justicia, con una lucidez y sabiduría que sobresale. En nuestros encuentros fui comprendiendo que en ellas y en su casa, hay un valor muy grande asignado al diálogo y a las prácticas sociales.

“Yo llegué acá a Frutillar el año 2012. Cuando llegué, la empresa me arrendaba una cabaña en el centro y yo vivía sólo, porque me vine con mi pura mochila y chaqueta de Valparaíso. Al tiempo, a los seis meses, empecé a sentirme muy triste, había mucha soledad familiarmente hablando. Primera vez que salía tan lejos de la casa. En ese entonces le comenté al gerente de la empresa que me estaba deprimiendo un poco acá.

Yo en un principio vine acá a armar el proyecto y me iba a ir de vuelta, pero las cosas se fueron dando. Después conocí a mi mujer, con quien he estado todos estos años, hasta el día de hoy. Él habló con la familia Ruiz y yo me fui a vivir con ellos, porque a mi lo que me hacía falta era una familia. Viví con ellos como seis u ocho meses, en su casa. Hasta que me fui a vivir con mi novia a nuestra casa propia y ahí estamos hasta el día de hoy”.

La anterior es una historia que me contó alguien en Frutillar Alto, paralelo al trabajo que armábamos con la familia de la señora Clénida.

Mi sensación era la de tener mucha suerte de haber llegado a esa familia y no a otra –habían varias artesanas más el día que fui en busca de una primera conversación con alguien que tejiera-. Misteriosamente, quizá no tanto ahora que lo pienso y escribo (aunque así lo viví en ese momento), el trabajo creativo iba urdiéndose en comunidad y la “familia” de Clénida se hacía más grande: aparecía Rodrigo (quien nos ayudó transmitiendo la performance por la radio), la señora Ana; personas que de alguna manera también pertenecían a esta familia. La señora Clénida se me aparecía ahora,

más que nunca, como una gran madre. Inteligente y llena de energía. Su cuerpo es grande, sus brazos anchos.

La obra ya no era sólo mía. Estaba todos los días sobre la mesa sujeta a cambios y nuevas posibilidades. Decidimos que Solsiré se uniría a la caminata y que ella diseñaría una ruta para mostrarme la población durante nuestra caminata/performance. Yo no podría saber previamente el camino, fue lo que definieron enfáticamente ellas. Clénida invitó a dos mujeres más a tejer para el día de la intervención, finalmente sólo llegó la señora Anita.

El sábado 7 de Mayo, justo al mediodía, realizamos nuestra acción. Sol me paseó por Pantanosa antiguo. Fuimos tranquilamente caminando y conversando mientras se nos deshacían los chalecos, y continuamos haciéndolo una vez que las prendas se destejieron por completo. Hablamos principalmente de ella y su familia, de la importancia de su abuelo en su vida y de lo conocido que era en la población. Le pedí que me relatará un poco sobre el funeral de su abuelo Alberto y la procesión que habían realizado con el ataúd por las calles de la población.

-O sea que conoces a todo el mundo acá –le pregunté.

-No, pero todo el mundo me conoce a mi y a mi familia –me respondió.

Me sorprendió Pantanosa antiguo. A diferencia de la que llaman la nueva, donde abundan poblaciones de viviendas sociales (pequeñas casas todas iguales, unas pegadas al lado de la otra y una plaza con más cemento que otra cosa), en la antigua las casas están situadas en terrenos amplios, varias de ellas con grandes jardines con árboles frutales y huertas. Muchos tienen animales en sus patios, gallinas sobre todo. Sol hace una parada especial en una casa para mostrarme un pavo que vive en un jardín. Las casas transitan entre el color café, propio de las tejuelas, y tonos pasteles como el celeste y el rosa. Jardines tan cuidados como los del Bajo, terrenos limpiados y despejados por sus propios dueños.

Mientras caminábamos le comentaba a Sol que suponía que los terrenos eran amplios porque había leído que a personas que trabajaban para la Armada al inicio del poblamiento de Pantanosa, se les pagó por sus trabajos con una hijuela para su uso familiar.

“Hasta donde alcancen a limpiar es de ustedes. Indicación que motivó a los colonos a trabajar incansablemente en la limpieza de sus terrenos.”¹ Le llamaron Pantanosa por lo húmedo y barroso del terreno. Era un lugar inhóspito, de difícil acceso y que se inundaba cada invierno.

Después de nuestra caminata con Sol, cuando volvimos al taller/casa de Clénida, las nuevas bufandas estaban bien avanzadas y las hebras seguían corriendo: una entraba por la puerta y la otra por la ventana. Comentamos la experiencia, nos preguntábamos cómo se habría escuchado la conversación por la radio, quiénes estaban ahora tensionando a ratos la lana, qué cosas

¹ “Poblamiento de Pantanosa” Programa memorias del siglo XX. Participación social y rescate patrimonial. Frutillar 2008.

creíamos que habían salido bien y cuáles no. Me contaron que además de algunas cuestiones cotidianas y de los trabajos de la señora Ana y Clénida, principalmente habían hablado sobre la contingencia de los chilotes y el problema producto de la marea roja. Así nos pasamos un rato. Mientras, el tejido al igual que el mate, se iba pasando de mano en mano.

Al día siguiente, el domingo 8 de mayo, día en que se acaba la residencia y los invitados regresábamos a nuestros hogares, en mi caso a Santiago, Clénida y su familia me invitaron a almorzar a su casa. Casi no hablamos de la obra. Solo un poco al principio. El resto del almuerzo me contaron más cosas de su vida cotidiana y pasamos un rato largo hablando sobre la enfermedad que aquejó a don Alberto Ruiz. Clénida me contaba sobre el tránsito entre los hospitales de Osorno y Puerto Montt, y cómo Alberto fue decayendo de a poco hasta morir. Veía en Clénida la necesidad de relatar lo vivido. Pabloska estaba muy emocionada al escuchar a su abuela y a ratos, de reojo y mientras se secaba las lágrimas, miraba la postal que estaba pegada sobre el espejo de un mueble, donde aparecía su abuelo Alberto durante su campaña como candidato a concejal. Solsiré escuchaba con atención. Andrea y Antonio agregaban algunos detalles. Entremedio nos reíamos, no me acuerdo de qué, pero sé que había risas. Martín almorzó con nosotros, pero creo que se paró rápido de la mesa para hacer otras cosas.

Hoy, jueves 19 de mayo, se inaugura en el espacio Lucarna de Frutillar Bajo, una exposición sobre la residencia. De nuestro trabajo se podrá ver fotos del registro, las bufandas tejidas y el audio y transcripción de la conversación que se transmitió por la Radio Frutillar.

En la mañana *chatié* con Pabloska. Me preguntó por el teléfono de la señora Ana. La llamaría para decirle lo de la exposición. Ellas también irían, me dijo.